

La compleja cuestión de la violencia anticlerical durante la guerra civil española

España.
Años treinta

Manuel Álvarez Tardío

Profesor Titular de la Universidad Rey Juan Carlos I. Madrid

Recibido: 12 septiembre 2013

Aceptado: 20 septiembre 2013

RESUMEN: Este artículo trata de los factores que pueden permitirnos explicar el alcance cuantitativo y cualitativo de la violencia anticlerical durante la guerra civil española (1931-1936). Su propósito es preguntarse por algunas de las razones que se han señalado hasta ahora y comprobar, con la investigación que está disponible, si resultan o no convincentes. El autor sostiene que, pese a la importancia del contexto particular de la guerra y de los cambios que provocó el fracaso de la insurrección militar de julio de 1936, como la demolición del Estado de derecho y el inicio de la revolución, un análisis de la violencia anticlerical ocurrida ese verano debe tener en cuenta la complejidad de factores y no soslayar la espinosa cuestión de la influencia de las prácticas violentas y los discursos de intransigencia anteriores al comienzo de la guerra.

PALABRAS CLAVE: guerra civil española, violencia, violencia anticlerical.

Anticlerical Violence: A Complicated Issue During the Spanish Civil War

ABSTRACT: This article is about the factors that let us explain the qualitative and quantitative scope of the anticlerical violence during the Spanish civil war (1931-1936). Its purpose is to find out some of the reasons that have been noted till now and check, with the research that is available, if they are convincing or not. The author holds that, despite the importance of the particular context of the war and of the changes that resulted from the failure of the military insurrection of July 1936, as the demolition of the rule of law and the beginning of the revolution, an analysis of the anticlerical violence of that summer must take into account the complexity of factors and not bypass the thorny question of the influence of the violent practices and the intransigent speeches previous to the beginning of the war.

KEYWORDS: Spanish civil war, violent practices, anticlerical violence.

La primavera de 1936 no fue un buen tiempo para muchos párrocos y religiosos de España. No to-

dos lo vivieron por igual. Es posible que un porcentaje elevado de los varios miles que había por todo

el país no padecieran ningún tipo de contratiempo, agresión o amenaza. Pero otros, especialmente en algunos sitios como Madrid o Alicante, tuvieron ocasión de experimentar acontecimientos muy desagradables. En algunos lugares los párrocos fueron amenazados, expulsados de sus parroquias, a veces agredidos o, simplemente, intimidados por manifestaciones o provocaciones de diverso tipo y gravedad; en otros, no recibieron amenazas directas, pero vieron como eran asaltadas o ardían, total o parcialmente, ermitas, iglesias y sus propias casas rectorales. A las religiosas de diferentes lugares también les resultó una primavera extraña. Algunas recibieron amenazas directas o indirectas; otras escucharon o leyeron sobre lo que estaba pasando a pocos kilómetros de sus casas y temieron por sus vidas, hasta el punto de solicitar a sus superiores permisos especiales para trasladarse. Todo esto pasó a partir del 17 ó 18 de febrero, a las pocas horas de que se cerraran los colegios electorales y empezara a conocerse la victoria del Frente Popular en las elecciones generales.

Obviamente, no fueron los vencedores de la consulta electoral los que llamaron oficialmente a una orgía de violencia anticlerical. Pero el contexto resultó ser favorable para esos grupos de radi-

cales que, dentro de los diferentes ámbitos de las izquierdas obreras y republicanas, interpretaron el cambio político y la huida inesperada del gobierno centrista de Manuel Portela, como una señal para empezar a cumplir algunas expectativas asociadas a la derrota de las derechas: pequeñas venganzas personales contra guardias y autoridades locales del segundo bienio, asaltos a fincas y roturación de tierras no expropiadas hasta entonces, toma violenta de los ayuntamientos para imponer cambios en su composición y forzar la expulsión de concejales derechistas o centroderechistas y, por supuesto, actos de violencia verbal o física contra curas y edificios religiosos. Lo peor que le pudo pasar a los religiosos, al igual que a los líderes derechistas locales, es que en no pocos lugares las autoridades gubernativas abandonaran el poder de repente y que, desde Madrid, se interpretase, de forma implícita, que ciertos excesos, como asaltar una iglesia o un casino, insultar al cura, ocupar una ermita y convertirla en sede de la casa del pueblo o de una nueva escuela popular, montar una manifestación delante de un convento, gritar frente a la casa rectoral... eran comprensibles, tras dos años de gobierno derechista y de represión, tras tantos rencores y frustraciones acumula-

Violencia anticlerical durante la guerra civil

dos por el fracaso del Octubre revolucionario y por la vuelta al poder de «los de siempre». Al fin y al cabo, desde el punto de vista de las izquierdas vencedoras en las urnas, aun cuando la violencia fuese rechazada por la mayoría, parecía razonable que *el pueblo* se desfogara e hiciera algunos ejercicios seudorrevolucionarios. Mientras algunos, los menos, podían creer, y otros, los más, comprender, que se fueran tomando ciertas medidas para que los padres intelectuales de la movilización conservadora, los curas y su Iglesia, los mismos que en términos generales se habían movilizado en las elecciones para apoyar las candidaturas antirrevolucionarias, se enteraran de que los dueños del poder ya no eran los de siempre.

Entre mediados de febrero y primeros de julio de 1936, es decir, durante los cinco meses de gobierno del Frente Popular antes del golpe de Estado, la violencia anticlerical irrumpió con una fuerza inusitada. Según el cálculo más reciente y hasta ahora el más completo en cuanto a la investigación de fuentes primarias, realizado por quien escribe estas líneas junto con Roberto Villa, hubo algo menos de 1.000 actos de violencia contra bienes y personas de la Iglesia católica en España en esas

semanas. Más de 700 edificios religiosos fueron incendiados total o parcialmente, saqueados y/o asaltados. Hubo también varias decenas de agresiones contra religiosos o sacerdotes¹. Como se aprecia por estos datos, la manifestación principal de la violencia anticlerical antes de la guerra fue el incendio, asalto o saqueo de edificios y bienes. Y aunque hubo amenazas, y varias decenas de sacerdotes tuvieron que abandonar sus diócesis, en términos generales los miembros de la Iglesia no experimentaron una violencia física directa. Ese salto, de la amenaza a la agresión directa, incluyendo el crimen con resultado de muerte, quedó para más tarde, para después del 18 de julio, con el golpe fracasado y la guerra civil ya iniciada.

No todos los episodios de la violencia anticlerical ni todas las circunstancias fueron iguales. No obstante, hubo casos que invitan a una reflexión sobre las continuidades entre la violencia de antes y después de la guerra, en la me-

¹ Me remito, para estos y otros comentarios posteriores, a la investigación que, conjuntamente con Roberto Villa García, vamos a publicar en el próximo número de la revista *Hispania Sacra* (CSIC): «El impacto de la violencia anticlerical en la primavera de 1936 y la respuesta de las autoridades».

didada en que amenazas, coacciones y actos incendiarios, en tiempos de paz, dieron paso a las ejecuciones, en tiempos de guerra. Uno, por ejemplo, fue el de Celestino Gallego, párroco de Paracuellos de Jarama, en la provincia de Madrid. Este sacerdote vivió, como otros, una dura primavera. En marzo pidió el traslado de su parroquia por las «circunstancias especiales» que atravesaba y «el peso de amenazas e injurias». No tuvo éxito. Tres meses más tarde, semanas antes del inicio de la guerra, recibía una nueva amenaza que él mismo detallaba así: «Después de haber pintado las fachadas del templo... con infamantes rótulos, como *Muera el clero, abajo los curas, muera la religión*, después de sufrir miles de improperios, insultos y provocaciones sin que yo conteste una sola palabra, sin haber tenido el más pequeño rozamiento con nadie en los años que aquí ejerzo... en esta fecha he recibido por correo una carta anónima cuyo texto dice literalmente así: *Madrid, 27-6-31. Camarada cura esta para comunicarte que antes del día 5 de julio tienes que marcharte de Paracuellos sino por consiguiente nosotros nos encargaremos de ponerte cuatro bombas en tu casa. Te lo advertimos y toma nuestro consejo, sino por el contrario ya sabes lo que te espera. Porque somos fieles a nuestra promesa. Ya lo*

*sabes si quieres bien tu pellejo coge los trastos y nada más»*².

No tenemos un estudio fiable que nos proporcione datos sobre cómo vivieron la primavera del 36 los sacerdotes españoles. Conocemos, por ejemplo, que en diócesis como la de Toledo hubo casos parecidos al que acabamos de describir. Así, el párroco de Noez contaba al secretario del obispo a mediados de marzo que «algunos elementos de este pueblo (...) van haciendo mi estancia cada vez más difícil», y que ese mismo día que escribía había aparecido un papel «amenazándome *de que voy a correr la misma suerte que la cigüeña, muerta a tiros*, si no me voy de esta feligresía»³. También sabemos, por la documentación remitida al Vaticano desde la Nunciatura, que decenas de curas sufrieron amenazas y tuvieron que ser trasladados de sus parroquias. Pero no sabemos bien cómo de generalizadas fueron estas situaciones ni tenemos un mapa global de la violencia

² Oficio del 28 de junio de 1936. Exp. Personal en Archivo Central de la Curia de la Archidiócesis de Madrid. Cit. en J. L. GONZÁLEZ GULLÓN, *El clero en la Segunda República. Madrid 1931-1936*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2011, 415.

³ Archivo Diocesano de Toledo, ADT, Secretaría, 1936. Agradezco a Miguel Ángel Dionisio su amabilidad para la consulta de este material.

Violencia anticlerical durante la guerra civil

contra el clero durante la primavera del 36. Y, sin embargo, todo indica que hubo algo más que una violencia incendiaria; a diferencia de situaciones como la de mayo de 1931, hubo un salto cualitativo en cuanto a las acciones directas de intimidación y coacción contra los religiosos y no sólo contra los edificios y reliquias.

Finalmente, el párroco de Paracuellos no tuvo suerte. Murió asesinado al poco de empezar la guerra. En este caso la experiencia anterior es pertinente; cierta continuidad salta a la vista. Porque los datos de la violencia anticlerical durante la primavera (además de los que podrían citarse respecto de la ejercida durante los días de la revolución de Octubre de 1934) sugieren que lo que pasó meses más tarde, a partir del 18 de julio, ya en la guerra, tenía antecedentes sin los que no resulta comprensible. Es verdad que, como han escrito varios autores, la violencia ejercida por unos y por otros durante la guerra debe ser explicada dentro de sus específicos contextos. Es decir, que tras el fracaso parcial del pronunciamiento militar y el hecho de que la autoridad del Estado republicano se viniera abajo, sugieren que hubo un cambio radical en la situación; básicamente, a partir del 18 de julio el ejercicio de la autoridad en un Estado de

derecho desapareció de casi todo el país, y eso, lógicamente, significó una ruptura, un cambio brusco que unos y otros utilizaron para hacer algo más que la guerra en los campos de batalla, esto es, para iniciar una labor de control, sometimiento y depuración basada en el ejercicio del terror que, por su propia naturaleza y por imperativo de sus objetivos, no se basaba en la moderación, el autocontrol y los escrúpulos morales.

La violencia ejercida contra los religiosos durante la guerra, que se cobró la vida de varios miles durante los meses de verano de 1936, se produjo en un contexto específico. Esto es un hecho difícilmente discutible. Así, buena parte de lo que pasó tuvo que ver con la actuación de grupos de extremistas que aprovecharon una situación muy concreta: las autoridades optaron por armar al «pueblo» para hacer frente a los golpistas, admitiendo, implícitamente, que el nuevo poder revolucionario, el de los comités sindicales y las bandas que patrullaban los caminos y las localidades, debía ajustarse a códigos que ya no eran los del imperio de la ley. Pero esto no lo explica todo. No debiera abusarse de la idea de que con la guerra se inició un tiempo nuevo y que la violencia política, fuera contra los curas o contra los políticos de las dere-

chas, no guardó ninguna relación con el período anterior al 18 de julio. Obviamente, no basta con señalar los odios acumulados en el pasado o a la radicalización de los discursos políticos durante los años anteriores; el fuerte componente anticlerical de las políticas de los gobiernos republicanos de izquierdas no predeterminaba un estallido de terror anticatólico. Sin embargo, ninguna violencia política resulta comprensible sin una consideración de los elementos que en el pasado reciente habían puesto, lenta pero inexorablemente, las capas que formaron ese odio que, llegado el momento de la exacerbación, actuó para disculpar la acción violenta extrema.

Se ha sugerido, en no pocas ocasiones, que el apoyo de la Iglesia y de sus ministros a los golpistas explicaría la oleada de violencia contra los curas que se extendió por diversas zonas de la España republicana en los meses de julio a septiembre. Puede haber elementos de verdad para argumentar de este modo. No obstante, hay un problema en este razonamiento: la cronología. El apoyo más o menos explícito y contundente de la Iglesia a los militares rebeldes se produjo más tarde; de hecho, sucedió después de la violencia que arrasó con los religiosos, como si la segunda hubiera confirmado la ne-

cesidad de lo primero. Cuando Pío XI empezó a hablar de «mártires» y a mostrar su simpatía con la causa nacional fue en septiembre de 1936; y la famosa carta colectiva de los obispos españoles se hizo pública en julio de 1937, un año después de iniciada la guerra. Las cartas pastorales de Plá y Deniel sobre *Las dos ciudades*, y la de Gómá sobre *El caso de España*, fueron publicadas en septiembre y noviembre de 1936, respectivamente.

No obstante, a veces, se ha enmendado este problema de la cronología señalando que, en todo caso, para los extremistas que mataron o vejaron a religiosos, estaba claro, por los antecedentes de que disponían, que la Iglesia apoyaría a los sublevados, lo dijera o no claramente, fuera más o menos cauta al principio; así, el hecho de matar curas debiera ser interpretado como una acción defensiva, repugnante pero explicable en su contexto, en tanto que las víctimas eran vistas como aliados, potenciales o reales, del bando franquista. La idea resulta sugerente; el modo de razonar en este caso se asemeja bastante a cuando se señala que actos de la llamada «violencia roja» como las sacas de Madrid en el otoño de 1936, se explicarían en un contexto de proximidad geográfica del enemigo y pánico ante la existencia de una quinta columna.

Violencia anticlerical durante la guerra civil

Sin duda, no hay que descartar que el asesinato de religiosos fuera visto por sus perpetradores como una limpieza preventiva, bien para evitar que los religiosos se unieran más tarde a los sublevados o bien para dinamitar las bases sociales de los «poderes tradicionales» en zona republicana. Es un factor. Pero tampoco podemos perder de vista que los antecedentes eran muy importantes y que la violencia anticlerical no fue, en absoluto, la obra de un puñado de radicales descontrolados; esto es, que la violencia anticlerical que se adueñó de buena parte de Aragón, Cataluña, Madrid y Castilla-La Mancha durante los meses de julio a septiembre, no ocurrió de repente, desprovista de elementos que explican tanto su amplio alcance como la visceralidad y sistematicidad desplegada. Había una distancia importante entre el acto de asaltar una casa rectoral y el de secuestrar, vejar y matar a un elevado porcentaje de los religiosos de una localidad. El contexto de la guerra, con sus lógicas de muerte, odio y extremismo, explica parte de ese recorrido, pero no es suficiente.

Por otro lado, es demasiado simplista y maniqueo suponer, como han hecho algunos autores de la bibliografía eclesiástica sobre los mártires, que había una conexión

directa y predeterminada que llevaba desde la ideología anticlerical de las izquierdas en tiempos de paz hasta el crimen anticatólico durante la guerra. Sin embargo, para entender la violencia anticlerical en el primer año de la guerra civil, entre el 18 de julio de 1936 y la primavera de 1937, es imprescindible tener en cuenta las coordenadas de la política republicana: durante el quinquenio anterior, y especialmente a partir de octubre de 1933, se había puesto especial empeño, por el lado de las izquierdas republicanas y los socialistas, en identificar a los católicos con aquellos que querían destruir el sistema, sin distinción alguna entre moderados e intransigentes, entre monárquicos golpistas y conservadores católicos posibilistas. Desde la órbita de las izquierdas, nadie o casi nadie pensaba en una estrategia que hiciera espacio para el catolicismo dentro de la República. La izquierda republicana siguió una política que aislaba a los católicos moderados y daba alas a los intransigentes, quizás bajo el dictado de que: fomentando la contrarrevolución, se alimentaba también la revolución. Por eso, cuando la derecha católica tuvo la oportunidad de ocupar algunas carteras ministeriales en octubre de 1934, la respuesta de las izquierdas fue previsible dentro de esa lógica: los enemigos se

adueñan del sistema y la violencia contra ellos es disculpable; la contrarrevolución ha triunfado y sólo cabe resistir y recuperar la República.

Ese clima de polarización exacerbada que reduce la pluralidad ideológica a la lucha revolución-contrarrevolución, y la creciente demonización del adversario que impide la aceptación de las elecciones como árbitro legítimo de la alternancia, no se suavizó durante el segundo bienio, sino todo lo contrario. Tras las elecciones de febrero de 1936, la violencia política aumentó hasta niveles difícilmente soportables en democracia; aquel era uno de los resultados esperables de unas ideas políticas que concebían al adversario como enemigo a destruir. De este modo, la violencia contra los religiosos y sus propiedades que se desató en la primavera de 1936 y se convirtió en una persecución criminal a partir de julio, no puede ser explicada solamente como expresión de un odio particular contra los católicos o como resultado del nerviosismo desencadenado por la proximidad de los frentes de guerra. La violencia anticlerical era una de las manifestaciones más importantes de un discurso político que había animado a las masas proletarias a llevar a cabo una limpieza ideológica de todo lo

que sustentaba el *antiguo régimen*: capitalistas, religiosos, derechistas y terratenientes. El lenguaje de la prensa obrera, con *El Socialista* a la cabeza, refleja muy bien esa confusión deliberada: fascismo y Vaticano eran, a principios de 1936, una y la misma cosa para los editoriales socialistas.

Aunque había elementos de tipo cultural que contribuían a la clerofobia y explican ciertos rituales sacrílegos, la violencia anticlerical, tanto la de antes como la de durante la guerra, era expresión de un odio ideológico interiorizado durante años de socialización política por simpatizantes de los diferentes grupos de izquierdas. Los sectores más extremos de la izquierda republicana, parte de los socialistas y, por supuesto, los anarquistas, compartían una animadversión hacia el clero y la Iglesia que, en casos extremos, servía para disculpar ciertas dosis de violencia. Anticlericalismo y revolución social fueron dos caras de una misma moneda. «¡Os cortaremos la cabeza, / empezaremos por el clero, / que es el ánimo más fiero / que domina la nación! / ¡Revolución, revolución social!», era la letra de una canción de simpatizantes del Frente Popular en la primavera de 1936. Matar curas era una forma difícilmente superable, desde la lógica más extrema

ya en tiempos de guerra, de depurar la sociedad de los elementos ajenos al nuevo orden. Con la desaparición del religioso se extirpaba la base intelectual del dominio de clase; atacar a los religiosos suponía debilitar, cuando no preparar para su desaparición, las instituciones y las prácticas que asociaban con las gentes poderosas y creyentes. Lo que la guerra hizo fue introducir el contexto en el que esa lógica de odio y depuración pudiera ser materializada de forma extrema y continuada, en tanto que se daban dos circunstancias: la burla del imperio de la ley y la tolerancia con la violencia para debilitar al enemigo y preparar un nuevo tiempo.

El papel de algunos delincuentes liberados de las cárceles gracias a la revolución o los excesos de ciertos sectores extremos del socialismo y el anarquismo sirven para explicar una parte de la violencia iniciada contra los religiosos tras el comienzo de la guerra. Sin embargo, no es suficiente para comprender una persecución casi sistemática que costó la vida a algo menos de siete mil religiosos y que mandó a la clandestinidad a la iglesia católica en el bando republicano, con la excepción de las provincias vascas. («Sistemática» porque allí donde se produjo los datos resultan elocuentes respecto

de su condición metódica: en las diócesis de Jaén, Málaga, Toledo y Menorca fueron ejecutados en torno al 50 por 100 de los sacerdotes; en Madrid o Ciudad Real algo menos, pero cerca del 40; y en Tortosa, Segorbe, Lérida o Barbastro, cifras todavía mayores.) Muchos republicanos y algunos socialistas asistieron a ese espectáculo criminal con asombro y hasta trataron de detenerlo, pero no había argumentos sólidos para contrarrestar el odio ideológico que se había cultivado en los años anteriores y al que sus líderes, directa o indirectamente, habían contribuido, al reiterar una y otra vez desde las tribunas que las medidas excepcionales eran necesarias a fin de evitar que los enemigos de la democracia republicana resurgieran contra ella. Una vez fracasada la vía jurídica, y puesto que el enemigo se había sublevado y se trataba de acabar con él en campo de batalla y con las armas, algunos se preguntaron: ¿por qué no aniquilar también a sus aliados en la retaguardia? «Hay que destruir...» y hacerlo «sin titubeos, a sangre y fuego», se podía leer en el diario anarquista barcelonés *Solidaridad Obrera*, a mediados de octubre de 1936. No cabía, añadía, «dejar en pie a ningún escarabajo ensotonado». «¡Es que queríamos eliminar a la raza de los curas!», reconocerían años más tarde algunos mi-

licianos protagonistas de aquellos días.

Iniciada la guerra, matar a los curas se convirtió en una demostración palpable de compromiso con la revolución. La violencia anticlerical y la blasfemia fueron, en verdad, códigos de identidad antifascista, casi tanto o más de lo que podían ser otros como el odio a los capitalistas o los propietarios de tierras. En el ambiente revolucionario de la retaguardia, una muestra de clerofobia, fuera física o verbal, era un salvoconducto para demostrar simpatía con los leales a la República. Una vez identificada la resistencia contra los rebeldes con la ejecución de la revolución, en un clima de derrumbamiento de la autoridad y de quiebra de la seguridad jurídica, lo fundamental era acreditar la contribución personal en la destrucción del adversario. Frente a la contrarrevolución sólo cabía la violencia. De ahí, lógicamente, la terrible situación en que quedaron los que creían posible defender las instituciones republicanas desde una óptica liberal-demócrata.

Sólo en Madrid, en la noche del 19 al 20 de julio fueron incendiadas cincuenta iglesias. Casi el 50 por 100 de los religiosos muertos, lo fueran en el primer mes y medio de la guerra. Ambos datos son muy significativos para entender

uno de los factores cruciales en la explicación de la violencia anticlerical: no es casualidad que tras meses cultivando un discurso político que incidía en la aniquilación del adversario, una vez fracasada la sublevación militar y convertida la resistencia en revolución, hubiera no pocos que interpretaran que tenían vía libre para llevar hasta sus últimas consecuencias el lenguaje de la violencia y la exclusión.

No cabe deducir de esto que esa violencia fuera ejecutada conforme a un plan diseñado de arriba abajo y en el que se implicaran, de forma sistemática, las autoridades en sus distintos niveles. Pero no por eso hay que ocultar que tras las matanzas de las primeras semanas, algunos de los responsables no sólo no fueron castigados, sino que se los promocionó. En algunos casos, como el del ministerio de la Gobernación dirigido por Ángel Galarza, no hubo interés en cortar la violencia anticlerical, sino todo lo contrario; en la sede del propio ministerio se instaló *Radio Hostia*, que «preconizaba la quema de conventos y el exterminio de frailes y clérigos»⁴. Además, cuando se trató de poner

⁴ J. DE LA CUEVA MERINO, «El anticlericalismo en la Segunda República y la Guerra Civil», en E. LA PARRA LÓPEZ - M. SUÁREZ CORTINA (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Biblioteca Nueva, Madrid 1998, 272.

Violencia anticlerical durante la guerra civil

coto a la matanza de religiosos fue demasiado tarde, al menos para conseguir que la opinión católica, nacional e internacional, amén de la propia Iglesia, se distanciara de los sublevados.

La democracia republicana había soportado una violencia incesante en sus cinco años de vida. Es posible que, en parte, se debiera a enfrentamientos que venían de antes, relacionados con fracturas socio-económicas y factores de rechazo cultural del otro, pero la polarización en términos schmittianos, de amigo/enemigo, desempeñó un papel crucial. Lo ocurrido en Octubre de 1934 y más tarde en las elecciones de 1936, vividas como una lucha a muerte entre dos frentes, con un lenguaje por completo contaminado de términos bélicos y referencias apocalípticas acerca de la victoria del contrario, crearon un clima que hacía imposible que una parte de la sociedad no viera como una amenaza a su integridad física la llegada al poder de *los otros*. No puede afirmarse que toda España estuviera deseando aniquilar al

adversario, pero una parte importante de quienes conducían y organizaban a los grupos políticos sí se habían convencido de ello: identificaban la política con una confrontación violenta en la que el que primero golpea y lo hace mejor, gana. Y se prepararon para ello, hasta el punto de que algunos de los que luego protagonizarían la máxima violencia en la retaguardia, habían esperado y deseado que el colapso del gobierno, bien por un golpe de Estado o por algún tipo de sublevación antirrepublicana, diera paso a la revolución. Y de ésta se esperaba que satisficiera las expectativas alimentadas en los meses previos: la «nueva España» sólo sería posible extirpando el tumor sin contemplaciones. La terrible violencia anticlerical de aquellos meses de la segunda mitad de 1936 fue un paso indispensable de la destrucción creadora, un paso que no carecía de una semilla ideológica previa y que, lamentablemente, encontró el clima de odio y el contexto de falta de Estado de derecho adecuados para germinar. ■